

Cuadrante

Revista semestral de Estudos Valencianismos e Històrics

Los Amigos
Valle Inclán
Vilanova de Arousa



FUNDACIÓN
VALLE INCLÁN

Cuadrante

Revista semestral de Estudos Valleinclanianos e Históricos

Amigos
Vilanova de Arousa



Editada pola

Asociación de Amigos de Valle-Inclán e a Fundación Valle-Inclán

Joaquín del Valle-Inclán,
Manuel Alberca

Valle-Inclán en Madrid: 1895 - 1899

3

Rodolfo Cardona

El teatro de Valle-Inclán entre 1910 y 1913

39

Antonio Gago Rodó

"Teatralidad o teatralización" de Valle-Inclán versus
la institución del "teatro español": de *El embrujado* a *Luces de
bohemia* (1913 / 1932)

79

José María Paz Gago

Capacidad del español para la literatura:
teatro o novela. Una conferencia de Valle-Inclán en el Casino de
Madrid.

115

Victoria Martínez

Alejandro Sawa: el hombre que se
convirtió en Max Estrella

127

José María Leal Bóveda

Os muíños e o ciclo do pan na obra de
Valle (1º parte)

153

Joaquín del Valle-Inclán

1. Josefina Blanco, ¿traductora?
2. De la vida interior de Valle-Inclán

193

Praza Vella, 9
Vilanova de Arousa
Apartado de Correos Nº 66
www.amigosdevalle.com

Número 25. Decembro 2012

Director

Francisco X. Charlín Pérez

Subdirectora

Sandra Domínguez Carreiro

Consello de Redacción

Joaquín del Valle-Inclán Alsina

Margarita Santos Zas

Juan Antonio Hormigón

Rodolfo Cardona

Xosé Luís Axeitos

Víctor Viana

Jesús Blanco García

Juan Fernando de Laiglesia

Fernando López-Acuña López

Xaquín Núñez Sabarís

José María Paz Gago

Ramón Torrado

Ramón Martínez Paz
Xosé Lois Vila Fariña

Xestión e administración

Pablo Ventoso Padín
Ángel Varela Señoráns

Comunicación

Luis Menéndez Villalva

Secretaría de redacción, xestión e
administración

Esperanza Rosales

Diseño e maquetación

Carlos Sánchez Crestar

Imprime

Imprenta Deputación de
Pontevedra

Dep. Legal

PO-4/2000

ISSN

1698-3971

Cuadrante non manterá correspondencia
sobre orixinais recibidos e non solicitados.
A responsabilidade das opinións vertidas
pertence exclusivamente ós autores, o mesmo
que o respecto á propiedade intelectual, recaíndo
sobre eles calquera acción xudicial no caso de
producirse plaxio.



Esta revista ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

CEDRO

La Editorial, a los efectos previstos en el
artículo 32.1º párrafo segundo del vigente
TRLRHL, se opone expresamente a que cualquiera
de las páginas de *Cuadrante* o partes de ella
sean utilizadas para la realización de resúmenes
de prensa. Cualquier acto de explotación de la
totalidad o parte de las páginas de *Cuadrante*
precisará de la oportuna autorización que será
concedida por CEDRO mediante licencia dentro
de los límites establecidos en ella.



Alejandro Sawa: el hombre que se convirtió en Max Estrella

Victoria Martínez

“Tuvo el final de un rey de tragedia: ciego, loco y furioso”. Así relataba Ramón

María del Valle-Inclán en una carta a Rubén Darío la muerte de Alejandro Sawa. Acababa de abandonar el velatorio del escritor y todavía estaba impresionado por la pobreza de la casa madrileña donde estaba expuesto el cadáver y las circunstancias del fallecimiento. “He llorado delante del muerto, por él, por mí y por todos los pobres poetas”. Era el 3 de marzo de 1909. Al día siguiente se celebró el entierro en una sepultura temporal de tercera clase del Cementerio Civil de la Almudena¹. Acudieron dos docenas de escritores, entre ellos Valle-Inclán, quien sin duda pensó que olvidaría pronto aquel día triste². Pero no lo olvidó. Y en 1920³ escribe *Luces*

¹ La mayor parte de los datos de la vida de Sawa que aparecen en este artículo se han tomado de la excelente biografía de Amelina Correa, profesora titular de la Universidad de Granada, *Alejandro Sawa, Luces de bohemia*, Sevilla Fundación José Manuel Lara, 2008, que mereció el Premio Antonio Domínguez Ortiz de Biografías 2008 y del imprescindible estudio de Allen Phillips, *Alejandro Sawa, Mito y realidad*, Madrid, Ediciones Turner, 1976.

² Diálogo entre Rubén Darío y el Marqués de Bradomín en *Luces de Bohemia*:

Rubén.-¿Marqués, quiere usted que mañana volvamos para poner una cruz sobre la sepultura de nuestro amigo?

El Marqués.- ¡Mañana! Mañana, habremos los dos olvidado ese cristiano propósito!

³ *Luces de Bohemia* se publicó en la revista *España*, en entregas semanales, entre el 31 de julio y el 23 de octubre de 1920. El libro, con variantes muy importantes, salió en 1924.



**Calle Conde Duque,
Madrid.**

por ser francesa, le dicen en la vecindad MADAMA COLLET.

El escenario se reconoce en dos fotografías que se conservan del pobrísimo piso que habitaba el andaluz Alejandro Sawa en la calle Conde Duque de Madrid, realizadas en 1908, que muestran en la pared retratos y autógrafos de los poetas franceses que fueron sus amigos y camaradas durante los años dorados en París. Su esposa, Jeanne-Victoria Poirier, era francesa; sin duda se mostraba triste y fatigada por el diario batallar con la miseria, y tan abnegada que era conocida en los mentideros literarios como Santa Juana. Y como Max Estrella, Alejandro Sawa había perdido la vista tres o cuatro años antes de su muerte. Probablemente, como el personaje de Valle Inclán, *por un regalo de Venus*. Añadamos que Alejandro y Jeanne tenían una hija, Helena, adolescente en las fechas en que murió su padre, que Valle convirtió en Claudinita.

Max Estrella no es solo Alejandro Sawa porque a fin de cuentas “son las palabras espejos mágicos donde se evocan todas las imágenes del mundo”⁴, y en el personaje dramático hay también algo del Valle persona y todo del genio de Valle. Pero las coincidencias son tan grandes que está generalmente aceptado que es este escritor de segunda fila -más conocido como prototipo del bohemio de fines del siglo XIX que por sus obras- el modelo que inspiró a Valle-Inclán el protagonista de *Lucas de Bohemia*. Un hombre difícil de clasificar y que hizo de sí mismo un autorretrato en el que la afirmación **Yo soy el otro** parece, más que una confesión, el reclamo reivindicativo de su personalidad, para siempre fagocitada por Max Estrella:

Yo soy el otro; quiero decir, alguien que no soy yo mismo. ¿Que esto es un galimatías?

⁴ Ramón del Valle-Inclán, *La lámpara maravillosa IX*.

Me explicaré. Yo soy por dentro un hombre radicalmente distinto a como quisiera ser, y, por fuera, en mi vida de relación, en mis manifestaciones externas, la caricatura, no siempre gallarda, de mí mismo⁵.

Para empezar por el principio: Alejandro Sawa debía su exótico apellido a un abuelo griego, Emmanuél Sabba Malcochi, que emigró desde Esmirna a Andalucía a fines del siglo XVIII o principios del XIX. Emmanuil -pronto convertido en Manuel- había nacido dentro de una familia de comerciantes y buscó nuevos mercados en España acompañado de un hermano mayor, Anastasio. Ambos crearían sendas dinastías andaluzas en las que además de comerciantes hay literatos, periodistas, militares, incluso un gobernador civil de Cádiz, aunque el apellido se presente con distintas grafías.

Alejandro Sawa nació el 15 de marzo de 1862 en Sevilla. Tenía dos hermanos mayores, Manuel -que acompañaría a su hermano en los años de bohemia madrileña- y Esperanza. Y dos más jóvenes, Miguel y Enrique. Miguel Sawa, también escritor y periodista, llegó a ser director de *La Voz de Galicia* y un gran amigo de Valle-Inclán, hasta el punto de que don Ramón lo eligió como testigo en el duelo contra Manuel Bueno que nunca se celebró, pero que fue convocado durante la pelea en el Café de la Montaña que acabó con el brazo del escritor.

A veces se cita a Alejandro Sawa como malagueño, pero lo cierto es que nació en el número 26 de la calle de San Pedro Martir, una zona acomodada de Sevilla. Doce años más tarde vino al mundo en el número 20 de la misma calle Manuel Machado, que con el tiempo llegaría a ser muy amigo de Alejandro y autor de su famoso epitafio:

Jamás hombre más nacido
para el placer fue al dolor
más derecho.

Jamás ninguno ha caído con facha de vencedor
tan deshecho.

Y es que él se daba a perder
como muchos a ganar.

Y su vida
por la falta de querer
y sobra de regalar
fue perdida.

⁵ Alejandro Sawa, *Iluminaciones en la Sombra*, Madrid, Nórdica Libros, 2009, p. 231.

La amistad entre Alejandro Sawa y el más joven Manuel Machado surgiría lejos de la ciudad natal de ambos, porque el primero abandonó Sevilla con solo 8

años, cuando en 1870 la familia Sawa se instaló en Málaga. El padre se dedicó allí con éxito al comercio de vinos y productos ultramarinos y pudo mantener un piso confortable en el número 22 de la Plaza de la Merced. En la misma plaza nació en 1881 Picasso, a quien también encontraremos fugazmente entre la bohemia madrileña a comienzos del siglo XX. En Málaga, Alejandro Sawa realizó estudios secundarios con unos resultados mediocres, aunque consiguió matricularse en la Universidad de Granada. Tan solo en dos asignaturas, Literatura Española y Derecho Romano, de las que nunca llegó a examinarse porque su interés se dirigía ya hacia la literatura. Con quince años justos, en 1877, funda con otros amigos una *Revista Semanal de Literatura, Artes y Ciencias*, titulada *Ecos de Juventud*. En ella publica un capítulo de una novela, *Los Hijos del Crimen*, que nunca se completará. Y tan solo cuatro números y un mes después de la aparición de *Ecos de Juventud* Alejandro Sawa y su hermano mayor, Manuel, abandonan la publicación para crear una nueva *Revista Decenal de Ciencias, Literatura y Artes, El Siglo XIX*. A esta le seguirá el año siguiente, 1878, *La Joven Málaga*, de vida tan fugaz como las anteriores. La biógrafa de Sawa, Adelina Correa Ramón, que ha rastreado las publicaciones malagueñas de la época, ha encontrado también reseñas de conferencias pronunciadas por Sawa, lo que demuestra que el jovencísimo Alejandro se iba incorporando a la vida cultural de su ciudad. En esta época traba amistad, en la redacción de la revista *El Mediodía*, con Narciso Díaz de Escovar, con quien mantendría correspondencia durante su estancia en París. Don Narciso, un polígrafo importante en la historia de Málaga, aparece con su propio nombre en la Escena Séptima de *Luces de Bohemia* citado por don Filiberto, *el eterno redactor del perfil triste*.

Todavía en Málaga Alejandro Sawa publica también un folleto *El Pontificado y Pio IX (Apuntes históricos)*, una biografía muy elogiosa del Papa que había muerto recientemente. El estilo era grandilocuente y salpicado por numerosas faltas de ortografía, algo quizás -solo quizás- achacable a los cajistas y de lo que se quejaban con frecuencia los escritores de la época. Una anécdota divertida que relata la profesora Correa, y que pone de relieve la ingenuidad del joven Sawa, es la metedura de pata que cometió en su afán por conseguir reseñas de su obra. Envió ejemplares del folleto a periódicos de toda España, y entre ellos al *Diario de Santiago*, dirigido por el republicano anticlerical Alfredo Vicenti, que acusó recibo con una nota burlesca.

Un escritor en Madrid

El joven Sawa era ingenuo, pero también ambicioso y todavía optimista. Solo así puede entenderse que con solo 17 años decida abandonar Málaga para trasladarse a Madrid, ciudad que todavía le parece una meca política y cultural. Nada

más llegar debió de presentarse a los escritores consagrados en busca de recomendaciones y lo consiguió. Gracias a sus cartas a Díaz de Escovar sabemos que Pedro Antonio de Alarcón y Ramón de Campoamor intercedieron para obtenerle un empleo en el Ministerio de la Gobernación, trabajo que simultanea con los de redactor en los periódicos *El Globo*, *La Política* y *El Resumen*. También inicia la redacción de una novela, *Emilia*, de la que nunca más volverá a saberse.

Sawa no tarda en integrarse en el círculo de la llamada "Gente Nueva", jóvenes que quieren renovar no solo la estética dominante, sino también el entramado social de España y que aventan sus ideas en los cafés del centro de la capital. El joven Alejandro utiliza también la tribuna que le ofrece el Círculo Nacional de la Juventud, de tendencia republicana, y entabla amistad con Joaquín Dicenta, quien le convertirá en un personaje de su novela *Encarnación* bajo el nombre, apenas modificado, de Alejandro Nava. En el libro de Luis París *Gente Nueva* se retrata así al Sawa de esta época:

Hace algunos años que en los círculos literarios y en las redacciones de los periódicos más importantes figuraba un joven de cabeza artística, melena romántica y barba árabe; de elocuente palabra, acción elegante, juicio rapidísimo, y tan genial en todo cuanto formaba su indumentaria que constituía un tipo verdaderamente original.

Y el periodista Luis Bonafoux hace esta descripción de su físico "Acabado tipo de meridional, bronceada la tez, tristonos los ojos, negra y abundosa la cabellera, y con no se qué de trágico en su figura toda", una descripción que se corresponde fielmente con la fotografía de Sawa de 1881. Ya en ese momento Alejandro Sawa lleva el pelo "a lo Alphonse Daudet", un rasgo este que junto a la barba le asemejará mucho físicamente en época posterior al escritor francés. Es curioso que también de Valle-Inclán se dijera en un artículo injurioso de 1903 que cuando llegó a Madrid traía "larga y aceitosa melena, copiada de Dau-



**Sawa a los 20 años.
Foto Residencia de
Estudiantes.**



El parecido: a la izquierda Alphonse Daudet, a la derecha Alejandro Sawa. Foto de Sawa: Archivo General de la Administración.

exclamar: “¡Pobre Alejandro! Era en el fondo un hombre cándido, un tipo del Mediterráneo elocuente y fastuoso, nacido para perorar en un país de sol”.⁶

Cuando llegó a Madrid Sawa era un joven admirador de los escritores románticos, pero pronto se adhiere a las nuevas corrientes literarias y en 1885 publica su primera novela naturalista *La mujer de todo el mundo*, una historia truculenta de aristócratas corrompidos por su herencia genética, con crudas descripciones eróticas, y en la que se ha querido ver un antecedente feminista porque en contra de lo que era corriente

en su tiempo admite el deseo sexual de la mujer. La razón de la difusión que alcanzó el libro fue, con mucha probabilidad, que reflejaba de manera muy reconocible un episodio escandaloso de la vida del general Serrano, duque de la Torre y amante de Isabel II.⁷ Siguieron ese mismo año dos relatos cortos: *Consumatum est*, un alegato contra la pena de muerte, y *Bodas fúnebres*, publicados en el periódico *El Progreso*. *Bodas fúnebres* regresa al tema de la sexualidad femenina, pero es su siguiente novela *Crimen legal* la que enfoca de manera más realista un tema femenino: la disyuntiva entre salvar la vida de la madre o del hijo no nacido en un caso de parto imposible. Sawa toma partido, de forma apologética, por la vida de la mujer sometida a esta elección, hasta el punto de que su desagradable exposición del sacrificio del feto resulta contraproducente. Su estilo es ampuloso y reiterativo. Cualidades que no solo observaba al escribir sino también al hablar, lo que le valió el adjetivo “hiperbólico andaluz” que Valle adjudicó a Max Estrella y tanto se ha repetido sobre Sawa.

Todos los que han estudiado a Alejandro Sawa se muestran de acuerdo en que la novela *Declaración de un vencido*, aparecida en 1887, es una confesión autobiográfica de “un joven corroído por la pasión de la gloria” y del desengaño que

det”.⁶ Pío Baroja, que no sentía ninguna simpatía por los bohemios en general y por Sawa en particular, le llamó “un seudo Daudet” en un poema titulado *Espectros de bohemios*. La antipatía era sin duda mutua porque Sawa, bajo un aparente elogio de Baroja lo calificó de paleta e invertebrado intelectual.⁷ Y a pesar de esta indisimulada antipatía, Baroja no puede dejar de

⁶ Artículo de Francisco Navarro Ledesma, incluido por Alonso Zamora Vicente en *Valle Inclán, novelista por entregas*, Biblioteca Virtual Universal.

⁷ Alejandro Sawa, *Iluminaciones...*, op. cit.

⁸ Pío Baroja, *Desde la última vuelta del camino.- Final del siglo XIX y principios del XX*, Madrid, Caro Raggio Editor, 1982, p. 217.

⁹ Amelina Correa, Ramón Alejandro Sawa, *Luces de bohemia*, Madrid, Fundación José Manuel Lara, 2008, p. 98.

la corte produce en el protagonista. No solo el aspecto de la ciudad -“aquella especie de cochera, angustiosa y mezquina era la Puerta del Sol”- sino las entrañas de su vida política y cultural:

¡Ah Madrid, Madrid, solapada ramera, cuántas ilusiones seduces, atraes sobre tu seno, de todos los extremos de la patria, para darles luego el placer de exprimir las, de dejarlas exhaustas, y de tirarlas adonde no vuelvan a incorporarse nunca, rendidas para siempre! ¡Cisterna, antro, sima, que mientras más devoras, más sientes aumentar tu apetito!- Pues bien: ¡yo te he amado!¹⁰

La angustia pecuniaria del protagonista parece premonitoria de la miseria que arrastrará durante toda su vida el bohemio Sawa, aunque en esta época mantiene su trabajo de periodista y en un solo año, 1888, publica tres novelas más: *La sima de Igúzquiza*, *Criadero de Curas* y *Noche*. El estilo sigue siendo crudo y pesimista, hasta el punto de que un crítico apuntó “El naturalismo brutal de *Noche* solo puede exhibirse en Francia”. Quizás le estaban señalando el camino. Sea cierto o no que se marchó escapando de un delito de imprenta, como se ha dicho, lo cierto es que en 1889 Alejandro Sawa se instala en París, ciudad que le convertirá en aquello por lo que será recordado.

¹⁰ Alejandro Sawa, *Declaración de un vencido*, Madrid, Clásicos Libertarias, 2005, p. 125.

Vivir fue dulce en París

La admiración de Sawa por los poetas franceses, en especial por Victor Hugo, venía de antiguo. Su amor por este escritor dio lugar a una anécdota famosa pero apócrifa. Se contaba en Madrid que cuando fue presentado al gran hombre, Victor Hugo besó a Sawa en la boca y desde entonces el malagueño no se lavaba el lugar donde se habían posado los venerados labios. Sawa siempre negó la anécdota, que inventó el periodista Luis Bonafoux, quizás para poner en solfa a un Sawa que paseaba por Madrid hablando con acento francés y pretendiendo haber olvidado palabras españolas. Pero la pose afrancesada del escritor no es desmesurada si tenemos en cuenta un hecho irrefutable: durante unos años Alejandro Sawa formó parte del círculo exquisito de los poetas simbolistas y modernistas de la capital francesa, adoradores de la Belleza y que despreciaban las convenciones burguesas. Un mundo que había difundido, de forma idealizada, el libro de Henri Murger *Scènes de la vie de bohème*, publicado en 1851. La obra tuvo mucha influencia en la vida de los jóvenes que aspiraban a convertirse en artistas. El libro de Murger, en el que se basa la ópera *La Bohème* y la zarzuela *Bohemios*, generaliza una concepción pintoresca del aspirante a artista. La de una vida cotidiana alegre y desordenada que no admite pactos con los compromisos vitales del común de los mortales. Un programa de vida que atrajo a muchos que no eran artistas. La Libertad ante todo, y su credo el culto al Arte

y el Ideal. Para el amigo de Sawa Gómez Carrillo:

Ser bohemio es no quererse plegar a los yugos de la vida burguesa, para poder consagrarse a cultivar las quimeras adoradas. Ser bohemio es poner el ensueño por encima de los frutos, los pájaros por encima de las aves. Ser bohemio es tener la fuerte convicción de que, fuera del arte, el artista se agosta.

Su rechazo a la hipocresía e inmoralidad de la sociedad hostil los identifica con frecuencia con anarquistas y socialistas. A su parecer, la bohemia es un pre-facio para la gloria o para la muerte. Algunos pudieron ver reconocida su obra y salieron de ese inframundo, otros con verdadero talento lo desperdiciaron a causa de su vida o se hundieron en el alcoholismo.¹¹ A su regreso a España Sawa tendrá ocasión de unirse a una bohemia que bulle en Madrid mientras en París era ya leyenda.

A su llegada a París Sawa tiene la suerte de encontrar trabajo en la Casa Garnier, refugio de españoles y latinoamericanos que se aseguraban un salario en la confección de un colosal Diccionario Enciclopédico. El profesor Zamora Vicente, que desentrañó tan magistralmente *Luces de Bohemia*, ve en este dato otro apoyo para su teoría de que Max Estrella y Don Latino de Hispalis son en realidad las dos caras de Alejandro Sawa. Un desdoblamiento de su personalidad.¹² No solo por las peculiaridades psicológicas de ambos personajes, presentes todas en el malagueño, sino por el hecho de que Valle hace de don Latino un nativo de Sevilla y antiguo empleado en París de la Editorial Garnier.

¹¹ Allen W. Phillips, *Algo más sobre la bohemia madrileña: testigos y testimonios*.

¹² Alonso Zamora Vicente *Asedio a "Luces de Bohemia". Discurso de Ingreso en la Real Academia Española 1967*. Alicante, Edición facsímil de la Universidad de Alicante, 2002, p. 39.

¹³ Amelina Correa Ramón, *op. cit.*

¹⁴ Allen Phillips, *Mito...*, *op. cit.*, p. 65.

Alejandro abandonó su trabajo en la Casa Garnier a causa de un altercado con Manuel González de la Rosa, un peruano que había sido director de la Biblioteca de Lima, y antiguo sacerdote, razón esta por la que el español le zahería continuamente. El altercado terminó con un disparo de revolver por parte de Sawa, por suerte sin consecuencias, pero que se saldó con la salida definitiva de nuestro héroe de la editorial.¹³

Durante sus casi seis años de estancia en la capital francesa sobrevive con colaboraciones para periódicos españoles e incluso publica artículos en revistas francesas, aunque su producción no parece muy nutrida y desde luego en esa época no aparece ningún libro suyo. Al parecer estuvo a punto de publicar una traducción al francés de *Crimen legal*, realizada por Charles Morice, pero se precisaba una autorización firmada por Sawa, y como el despacho del editor estaba muy lejos el escritor nunca se pasó por allí y el libro nunca vio la luz. Quizás la anécdota no estuviera provocada por su legendaria abulia y holgazanería: puede que ya en ese momento se considerase *renacido para el Arte* y como más tarde confesó a Cansinos-Assens desdeñase las novelas naturalistas de su primera época.¹⁴



En la corte del rey Verlaine

Pero Sawa no se hizo famoso por su producción literaria en París, sino por haber entrado a formar parte del grupo de escritores que a fines del siglo XIX se reunían en los cafés del Barrio Latino, principalmente en el Soleil d'Or, en la plaza Saint Michel, donde el periódico *La Plume* organizaba unas cenas semanales. En un número especial del periódico dedicado a estas reuniones aparece un retrato a lápiz de Sawa. Alejandro, en su plenitud física, triunfa allí "bello cual un árabe con su barba de azabache, con sus ojos somnolientos". Amigo "inseparable", diría Sawa- de Charles Morice y de Leon Deschamps, el fundador de *La Plume*, entra pronto en el círculo íntimo del poeta Paul Verlaine, "el rey de los barrios literarios de París". "Yo fui su amigo. Otros, superiores a mí sintieron a su contacto un hombre de piedra. Para mí fue de carne, de carne espiritual; aún guardo en la memoria de mi corazón el recuerdo de su mano cálida, afirmativa en la amistad como un juramento"¹⁵. No cabe ninguna duda de la cercanía de Sawa con el *Fauno*. Allen Phillips cree que incluso pudo viajar con él a Inglaterra. Verlaine fue siempre el más amado, el más recordado, y según Darío el que más dañó con su ejemplo a Sawa. Hasta su muerte conservó como sus objetos más preciados un grabado con el retrato

Verlaine en el Café
François 1er, 1892.
Foto de Paul Mar-
san Dornac / Museo
Carnavalet.

¹⁵ Alejandro Sawa, *Iluminaciones...*, op. cit., p. 182.

de Verlaine en el que este había escrito “Á Alexandro Sawa, / bien affectuesement, / Paul Verlaine / Paris le 21 octobre 1891”, y un poema manuscrito del propio Verlaine fechado el 10 de febrero de 1894 y dedicado a él que Sawa había hecho enmarcar. Tan cercano estuvo que la última “mujer íntima” del poeta, Eugénie Krantz, mandó avisar a Sawa cuando Verlaine estaba agonizando en brazos de otro personaje de quien luego hablaremos, Henri Cornuty. Llegó Alejandro al piso de la rue Descartes cuando el cadáver de su amigo aún estaba tibio, besó su frente, presencié el desfile de amigos ilustres y desconocidos y escuchó la oración fúnebre de Mallarmé.

Los dos grandes amigos hispanos que Sawa tuvo en París, el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo y el nicaragüense Rubén Darío dejaron testimonio del papel central que el “español Parisiense” tuvo en las reuniones de los poetas del París finisecular. Gómez Carrillo, que también trabajaba en la Casa Garmier, confirmó “la amistad fraternal” que unía a Sawa con Charles Morice “el discípulo querido de Verlaine”, y en su libro *Esquisses*, de 1891, dedica a Sawa uno de sus apuntes, que transcribo íntegro:

Una cabeza sorprendente cuya fuerza de expresión hace pensar en aquellos moros españoles de la reconquista, y cuya firmeza de rasgos y de facciones habría inspirado a Teodoro de Banville -el miniaturista admirable- un camafeo delicioso. Los ojos negros, grandes, soñadores y con algo en las pupilas de esa crueldad somnolenta y de ese abandono triste de las razas africanas; la nariz delgada, enérgica y regular; la boca fresca, de labios sensuales e insinuantes; la piel, de un moreno cobrizo, pálido y ardiente, y la barba negra y rizada, como una espléndida melena. Una figura, en fin, tan singularmente hermosa que habría dado al autor ilustre de Noche y de la Declaración de un vencido, el derecho de no tener otros méritos, para merecer ya la admiración.¹⁶

Tanto Gómez Carrillo como Rubén Darío se sentaron en las tertulias literarias de la mano del malagueño. El poeta modernista contó en su Autografía cómo fue presentado en 1893 por Sawa, en el Café D’Harcourt, a Paul Verlaine, cuando

¹⁶ Enrique Gómez Carrillo, *Esquisses* <http://biblio3.url.edu.gt/GC/Esquisses>

¹⁷ Juan Antonio Hormigón, *Valle-Inclán Biografía Cronológica y Epistolario, Tomo III*, Madrid, ADE, 2006-2007, p. 99.

este estaba completamente borracho. Sawa y Darío recorrieron juntos París y compartieron el “falso azul nocturno” que producía la embriaguez por ajenjo, que ambos gozaban con fervor. Darío recuerda a Sawa en la alta noche, recitando a la luz de la luna *Les violons de l’automne* o cantando alguna canción francesa, o relatando anécdotas de café de aquellos personajes a los que más tarde haría desfilar por *Iluminaciones en la sombra*. Juan Antonio

Hormigón ha retratado esta amistad: “Juntos libaron cuanto cabe y más; juntos fueron asiduos de burdeles, tugurios y francachelas; juntos pegaron fuego a sus mejores años con magnánimo derroche de energías que conduce a la aridez y el cierre por derribo”.¹⁷ Una amistad que Valle recrea en *Luces de Bohemia*, donde Rubén, Max, y Don Latino terminan hablando en francés “¡París! ¡Cabarets! ¡llu-

sión Y en el ritmo de las frases, desfila con su pata coja Papá Verlaine." El prólogo que Rubén Darío escribió para el libro póstumo de Sawa *Iluminaciones en la sombra*, nos asoma de una forma vívida al personaje inmerso en el ambiente del Barrio Latino. Un Alejandro Sawa a la par orgulloso y vanidoso, siempre en palabras de Darío, "brillante, ilusorio y desorbitado", "gallardamente teatral", "impregnado de literatura", con una querida "marquesa auténtica", "ceremonioso y escénico, hasta el punto de que su entrada en un café era un espectáculo".

Sawa entabló amistad con la mayor parte de los escritores, particularmente poetas, que vivían a finales del siglo XIX en París. De todos ellos y de otros a quienes nunca tuvo oportunidad de conocer, dejó sus opiniones escritas. El gran ausente en este desfile de la literatura francesa es Arthur Rimbaud, quien había abandonado Francia en 1878 y muerto en Marsella, después de ser evacuado de Abisinia, trece años después. La razón de esta notoria ausencia es sin duda la profunda amistad de Alejandro con Verlaine.¹⁸ Pero Rimbaud está presente en la obra de Sawa: el título *Iluminaciones en la sombra* evoca sin remedio las *Illuminations* de Rimbaud, y este había escrito mucho antes que Sawa refiriéndose a sí mismo "Je est un autre".¹⁹

La muerte de Verlaine fue el punto y final del Sawa parisino, porque tan solo tres semanas después regresó a Madrid. Habían pasado casi seis años desde su llegada a la capital francesa. En ese tiempo había tenido ocasión de viajar también por otros lugares de Francia, y además había visitado Londres -que parece haber conocido bien-, Ginebra, la ciudad balneario de Spa, en Bélgica -donde acudió en busca de un alivio a su incipiente enfermedad reumática y permaneció muchos meses- y Roma. Su regreso a la capital española se debía, según afirmaba en una carta a Díaz de Escovar, a la necesidad de un clima más seco para su dolencia reumática. Pero parecen ha-



Sawa, 1892. Foto Residencia de Estudiantes

¹⁸ El escandaloso affaire amoroso entre Verlaine, padre de familia, y el adolescente Rimbaud terminó en Bruselas con un tiro de pistola, disparado por Verlaine en el curso de una de sus frecuentes discusiones, que hirió a Arthur en una muñeca y por el que se condenó a Paul a dos años de trabajos forzados.

¹⁹ "Lettre du voyant" a su profesor de Retórica, Georges Izambard (1871) "Je est un autre. Je travaille a me rendre voyant. Je dis qu'il faut être voyant, se faire voyant!"



ber influido ciertos problemas económicos derivados de deudas de juego contraídas en el casino de Spa. Su anhelo declarado era regresar a Málaga, pero de hecho es Madrid la ciudad donde se instalará, tras una breve estancia en Barcelona, en 1897. Alejandro no volvió solo. Llevaba con él a su esposa Jeanne-Victoria Poirier Mercier, a quien había conocido el mismo año de su llegada a París, en 1890, y a la hija de ambos, Helena Rosa, nacida en 1892. La pareja había contraído matrimonio en Fontenay-sous-Fouronnes, lugar de residencia de los padres de la novia, en 1896, pero esta boda no debía de tener validez legal en España porque doce años después, poco antes de la muerte de Alejandro, se celebró un enlace civil “in articulo mortis” en el propio piso madrileño del escritor. Jeanne Poirier ha pasado a la historia de la literatura como Madama Collet “una santa del Cielo, que escribe español con una ortografía del Infierno”. En la vida del auténtico Max Estrella significó un amor sincero, refugio en una época muy negra, la abnegada enfermera y administradora de la miseria. Y aunque Jeanne no murió por su propia mano, como su contrafigura literaria, tuvo que sufrir también junto a su hija, lejos de las luces de los cafés, el hambre y el frío de una bohemia ni gloriosa ni santa.



J.-V. Poirier, esposa de Sawa. Retrato de A. González Gallego, 1906. Residencia de Estudiantes.

Hélène Sawa Poirier, hija de A. Sawa, 1896. Foto Residencia de Estudiantes.

El apóstol de la nueva poesía

La salida de la familia Sawa Poirier de París parece premonitória de lo que sería su vida en Madrid a partir de entonces. Por la correspondencia entre los dos esposos -Alejandro se había adelantado y estaba ya en España- conocemos sus problemas para liquidar las deudas con la casera²⁰. Un problema que tendrán en Madrid, a juzgar por sus frecuentes cambios de residencia.

²⁰ Amelina Correa Ramón, *op. cit.*, p. 205.



Sawa llega a Madrid con una aureola de afrancesado que conoce íntimamente a escritores franceses que en España apenas empiezan a mencionarse. Manuel Machado afirmó, de un modo un tanto exagerado, que hasta entonces nadie había oído hablar de Parnasianismo y Simbolismo. Es también el introductor de la persona y la obra de Rubén Darío. Recita sin cesar a Verlaine, a quien populariza en las tertulias a las que se ha incorporado. Entre estas la del Café de Madrid, de la Calle Alcalá, que pronto se traslada a la vecina Horchatería de Candela y más tarde al Café de Levante, de la Calle Arenal. Allí sobresale el ceceo “metálico y altisonante” del hombre que hará entrar a Sawa en el Olimpo de los personajes inmortales.

Valle-Inclán y Miguel Sawa se habían conocido hacia 1895 en la redacción del periódico *El País*, *Diario Republicano Progresista*, o quizás de la revista *Don Quijote*, de la que Miguel era director, y en seguida se hicieron grandes amigos, así que era muy lógico que don Ramón entrara en contacto con Alejandro cuando este regresó de París. También coinciden en la tertulia que mantenía el periodista, traductor y autor teatral Luis Ruiz Contreras en su casa de la calle Madera 27, a la que asistían entre otros Pío Baroja y Miguel de Unamuno y a la que se incorporará también, a su llegada a Madrid, Rubén Darío. Es en esta tertulia donde el poeta nicaragüense conoce a Valle-Inclán, por lo que cabe suponer que los presentó Sawa. Los tres, Sawa, Valle y Darío, aparecen en una fotogra-

**Sawa, Valle y Darío
en el homenaje a
Gómez Carrillo, 15
abril 1899.**



Sawa en su mesa de trabajo, 1908. Foto Residencia de Estudiantes

tulia en la que coincidían Valle-Inclán y Alejandro Sawa era la que los hermanos Antonio y Manuel Machado mantenían en su domicilio de la calle Fuencarral 148.

A Sawa se le reconoce en Madrid un magisterio indudable sobre la cultura francesa. Era la persona adecuada para traducir y adaptar al teatro la obra de Daudet *Les rois en exil*, una tarea en la que su nombre va a unirse de forma peculiar al de Valle-Inclán. En realidad Sawa no adaptó la obra sino que se limitó a traducir y a introducir algunos cambios en la adaptación a la escena que

Paul Delair había hecho quince años atrás en Francia. Sin embargo la obra se presentó de forma ambigua como “adaptada del francés”, sin especificar que no se había adaptado de la propia novela sino de su versión teatral. Para ser justos con Sawa, este intentó conseguir los permisos pertinentes en París, y fue su amigo Enrique Gómez Carrillo quien le convenció de que “en París nadie sabe nada de Madrid” y de que a fin de cuentas en España no se pagaban derechos de autor por las ediciones francesas que se traducían.²¹ El propio

Sawa escribió más tarde lealmente, en un artículo de 1904, que había traducido la adaptación de Delair. La cuestión es que la obra, con el título español de *Los reyes en el destierro*, se representó el 21 de enero de 1899 en el Teatro de la Comedia con un éxito clamoroso.²² Sawa tuvo que salir a saludar varias veces y la crítica celebró con calor su trabajo.

En el elenco que puso en escena *Los reyes en el destierro* figuraban un Ramón del Valle-Inclán que por entonces intentaba convertirse en actor -el año anterior había hecho un primer intento afortunado en *La comida de las fieras*, de Jacinto Benavente- y Josefina Blanco, que años después se convertiría en su esposa. El propio Sawa había animado a Valle a actuar en *Los reyes en el destierro*, de lo que se deduce que para entonces su amistad era ya bastante sólida. La interpretación de la joven actriz fue muy elogiada, -Sawa escribió años más

²¹ Amelina Correa Ramón, *op. cit.*

²² Juan Antonio Hormigón afirma que solo se representó una vez, mientras que Juan Manuel González Martel asegura que tras el éxito inicial la taquilla no respondió y se retiró del cartel tras unas cuantas funciones.

tarde un elogiosísimo artículo de Josefina Blanco como actriz- pero Valle-Inclán fue vapuleado en su papel de marqués de Stauska por la crítica y por los espectadores. *Época* informó que el público lo trató "severamente". *El Imparcial* que "en su corto papel de marqués y héroe fue muy reído y estuvo a punto de estropear el buen éxito de la obra". Y *El Correo* "...en cuanto al

Sr. Suárez-Inclán (sic) más vale no hablar... no se improvisan los actores"²³. El propio Ricardo Baroja, tan amigo de don Ramón²⁴, no tiene más remedio que admitir que su incondicional compañero de tertulias sufrió en *Los reyes en el destierro* "un pequeño fracaso"²⁵.



**La familia Sawa
1908. Foto L. Ramón
Marín. Fundación
Pablo Iglesias.**

Altivo maestro de los bohemios

"Glorioso emperador de la bohemia, del gesto amplio y magnífico como Hugo, ciego como Milton, altivo y suntuario como un dios, con la cabeza en las nubes y el corazón en la hoguera del amor y del dolor de la Humanidad. En Alejandro Sawa la capa bohemia era manto pluvial, capa pontifical, manto de púrpura, clámide y aureola." Así describe Emilio Carrere en *La Capa Bohemia*²⁶ al supremo pontífice de los bohemios, artistas o no, que en ese momento pululan por Madrid. Esa capa en la que se envolvía Sawa y que nos recuerda la que empeña Max Estrella. Sawa se distingue por esa altivez y desdén hacia el resto de los mortales de la que carecen los otros bohemios, a los que se identifica por su indumentaria y palidez enfermiza. ¿En qué se diferenciaban aquellos a quienes se dio en llamar bohemios con otros escritores, músicos o artistas plásticos que sobrevivían con poco dinero? Resulta obvio que todos aquellos que no habían conseguido todavía ver reconocido su talento tuvieran que sobrevivir con otros trabajos o arrastrar una vida de dificultades económicas. El propio Valle-Inclán, que se horrorizó de la miseria en que había muerto Sawa, vivió en un pobrísimo piso de la calle Calvo

²³ Juan Antonio Hormigón, *Valle-Inclán Biografía Cronológica y Epistolario Tomo II*, Madrid, ADE, 2006-2007, p. 251.

²⁴ "Treinta años hace que somos amigos. Juntos y frateros, conversando todas las noches en el rincón de un café, hemos pasado de jóvenes a viejos", Prólogo de Ramón del Valle-Inclán a la novela de Ricardo Baroja *El Pedigree*.

²⁵ Ricardo Baroja, *Gente de la Generación del 98*, Barcelona, Editorial Juventud, 1969, p. 79.

²⁶ Emilio Carrere, *La copa de Verlaine*, citado por Allen Phillips.



Sawa y José María Gascón, ocasional secretario de Sawa, 1908. Foto Residencia de Estudiantes

Asensio, en el barrio de Argüelles, o como a él le gustaba decir, de Palacio. Baroja nos ha descrito esta vivienda:

Don Ramón vivía en un cuartucho pequeño con una cama en el suelo y una caja como mesa de noche. Tenía en la pared tres o cuatro clavos, en donde estaba colgada toda su ropa. Sin embargo, era un hombre fantástico, que, a pesar de vivir en aquella miseria negra nos habló seriamente de la servidumbre que tenía.²⁷

Valle-Inclán no era un bohemio, porque el auténtico bohemio es un maldito voluntariamente marginal. Luis Ruiz Contreras lo dejó dicho en sus *Memorias de un desmemoriado*:

Valle-Inclán fue siempre algo semejante a un anacoreta (en sus principios); un aislado entre todos, como las estatuas con su verja en el cruce de las avenidas populosas. Y tuvo siempre un hogar propio, más o menos humilde, a que acogerse. Fue ordenada su vida íntima; otro que la juzgase ligero diría burguesa. Pagaba puntualmente la mensualidad de la casa, la retribución a la portera." Pero como ha escrito Allen Phillips:

"Sin ser realmente bohemio él mismo, no hay ningún escritor español en los últimos tiempos más íntimamente familiarizado con todos los aspectos de la vida bohemia y sus profesionales que Valle-Inclán. Esta familiaridad directa, que abarca los secretos lingüísticos de las huestes bohemias, proviene de su estrecha convivencia con aquel mundillo, y culmina literariamente desde luego en *Luces de bohemia*, luces simbólicas que se apagaban en 1920 cuando ya no era posible una heroica bohemia, auténtica e ideal.

Al trazar la frontera entre los auténticos bohemios y los "semibohemios, semiburgueses, según el rumbo de su vida", Ricardo Baroja nos pinta la vida de aquellos aspirantes a creadores en el Madrid a caballo entre dos siglos:

Los bohemios dormían en casas de huéspedes, comían en restaurantes baratos o en alguna taberna. Su verdadera morada era el café. El café era gabinete de trabajo de los escritores, taller de los dibujantes. Desde las dos de la tarde hasta las horas de la madrugada iban de un café a otro. Asomaban de vez en cuando por la redacción de algún periódico para colocar artículos, versos, monos. Iban a las librerías de lance a liquidar restos de edición, ejemplares de libros regalados, a los que ni siquiera se arrancaba la dedicatoria escrita en primera hoja. En cuanto reunían unas pesetillas se hundían en el café a charlar, a discutir, sin importarles un pito lo futuro. No había porvenir que se extendiera más allá de una semana²⁸.

²⁷ Pío Baroja, *Desde la última vuelta del camino.- Final del siglo XIX y principios del XX*, Madrid, Caro Raggio Editor, 1982, p. 230.

²⁸ Ricardo Baroja, *op. cit.*, p. 17.

La golfemia

Gente que vive del aire, dejándose invitar a café con leche con media tostada. Junto a los *Bohemios* de Amadeo Vives, cuyo lema es Amor y Libertad, los profesionales del sablazo que pasan a ser los protagonistas de *La Golfemia*, otra zarzuela de 1900 que recogió un calificativo que circuló mucho en Madrid, los “golfemios”. El propio hermano de Alejandro Sawa, Manuel, parece haber sido el genuino bohemio sin ocupación conocida. Al decir de Ricardo Baroja, Manuel hacía tablas con Valle-Inclán en las escaramuzas de atrocidades imaginadas que cada uno relataba, Sawa tartamudeando, y en las que Valle campaba por Méjico. Si Manuel Sawa degollaba malayos, Valle hacía autos de fe con yucatecas.

Manuel Sawa, hombre clásico de la Puerta del Sol, no era literato, no era artista, no era nada. Nada más que bohemio. Bohemio desde las puntas de sus botas destrozadas hasta el colodrillo. De imaginación volcánica, de fantasía inagotable, enjaretaba mentira tras mentira, absurdo tras absurdo, con frescura inaudita... Cuántas veces, después de relatar fastuosidades de pirata en los mares de la China, se despedía de nosotros y, llamando a alguno aparte, le decía:

-Amigo fulano ¿Quiere usted hacer el favor de prestarme treinta y cinco céntimos? Quince para el sereno y veinte para una copa y los periódicos.

¡Pobre Manuel Sawa, sucumbió como tantos otros! Era fuerte, magnífico tipo de hombre; alto, de aspecto prócer. Hubiera vivido cien años. La bohemia lo mató. Jamás pegó un sablazo superior a cincuenta y cinco céntimos. Si se le ofreciera una peseta se hubiera ofendido²⁹.

Manuel Sawa también entró a formar parte del imaginario de *Luces de Bohemia*, porque se contagió de la gripe y lo encontraron prácticamente muerto en la calle, como a Max Estrella.

Ricardo Baroja trata con benevolencia a aquel “cotarro” -para usar una palabra valleinclanesca- bohemio, muy al contrario que su hermano Pío, de una acidez demoledora: “De aquella bohemia lo que más me chocó siempre era la holgazanería, sobre todo para trabajar en cosas que, según aquellos bohemios eran las que más les gustaban”.³⁰ El propio Sawa arrastró gran fama de vago y Gómez Carrillo dijo de él: “Es un hombre que no trabaja nunca, en ninguna parte, de ningún modo. Parece que hubiera nacido en domingo”³¹. No es raro que don Pío, empresario panadero, se aviniera mal con los desharrapados y rascacueros -los calificativos son suyos- que vivían del sablazo. Sin duda no debió de sentarle nada bien, y puede que sea una de las razones de su secreta enemistad, el aire “endiosado” con el que Sawa lo trató después de sacarle tres pesetas:

²⁹ Ricardo Baroja, *op. cit.*, p. 78.

³⁰ Pío Baroja, *op. cit.*, p. 74.

³¹ Esta afirmación parece desmentida por los numerosos artículos en prensa catalogados por Amelina Correa, aunque muchos son refritos de escritos anteriores.

Cornuty y Sawa fueron hablando, recitando versos de Verlaine, y me llevaron a una

taberna de la Plaza de Herradores. Bebieron ellos unas copas, pagué yo y Sawa me pidió tres pesetas. Yo no las tenía y se lo dije.

-¿Vive usted lejos? -me preguntó Alejandro, con su aire orgulloso.

-No, bastante cerca.

-Bueno, pues vaya usted a su casa y traígame usted ese dinero.

Me lo indicó con tal convicción, que yo fuí y a mi casa y se lo llevé.

El salió a la puerta de la taberna, tomó el dinero, y dijo:

-Puede usted marcharse.

Era la manera de tratar a los pequeños burgueses admiradores en la escuela de Baudelaire y Verlaine³².

Pío Baroja se vengó de Sawa atribuyendo sus peores defectos a dos personajes de sus obras, un Juan Pérez del Corral que figura en *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox*, un señor petulante y soberbio, y un Cesar Andión, poeta afrancesado de *Los últimos románticos*, que recita no a Verlaine sino a Baudelaire: "*Andión era un andaluz que vivía hacía tiempo en París y que había tomado el aire de los bohemios del Barrio Latino. Era ya viejo, con la barba con hilos de plata y los ojos tristes de borracho. Perezoso como un turco, endiabladamente vanidoso, incapaz de trabajar, se pasaba la vida en un continuo ajeteo, más duro que cualquier trabajo.*" Sawa incubó también

³² Pío Baroja, *op. cit.*, p. 214.

cierto odio hacia Baroja por esta utilización de su personalidad, lo que no impidió que siguieran saludándose "afectuosamente" y que Alejandro intentara una colaboración literario-alimenticia que don Pío consideró imposible por sus diferentes estilos. Para Sawa, Baroja "pastaba en otros campos nórdicos de crueles y estériles ironías". Y el vasco por su parte dijo del malagueño "¡qué poca luz tenía para iluminar nada!".

Los hermanos Baroja arrojan las luces más desfavorables sobre aquel Alejandro, máxima estrella de los bohemios madrileños. Ricardo, a pesar de su estilo bonachón, relata una anécdota de la que es protagonista Cornuty, el mediocre pintor y aspirante a escritor en cuyos brazos murió Verlaine. El pintoresco personaje, famoso porque confundía sistemáticamente los verbos ser y estar y por afirmar que quería ver ahorcados a su padre y a sus hermanos en un "jardín reducido", había venido de París con Sawa o al menos por la mismas fechas. Las versiones sobre su convivencia en Madrid difieren. Ruiz Contreras asegura que Sawa acogió de forma generosa en su casa al francés, mientras que don Pío dejó escrito que ambos alquilaron un cuarto, Cornuty compró unos modestos muebles y al poco Alejandro, con aires de gran señor, lo echó de la casa. La versión de Ricardo Baroja es la peor. Sin mencionar a Sawa -perfectamente reconocible- cuenta que un literato que había conocido a Cornuty en París y que había adaptado al castellano *Los reyes en el destierro* alojó en su casa a Cornuty y a

cambio administraba los fondos que le enviaba a este la familia a la que el bohemio quería colgar. “La administración de los fondos cornutyanos establecida por el literato español que le había acogido en su domicilio consistía en cambiar los francos en pesetas; las pesetas, en bebidas alcohólicas, que el español ingería sin dar gota al francés”³³. No contento con esto el “hidrófobo” denunció al Gobierno Civil la llegada del “más audaz de los anarquistas”, a quien había llevado a su casa para vigilarle, con

lo que consiguió un sueldo oficial. Pero cuando el “literato polizonte” -siempre anónimo- consigue un anticipo por la adaptación de *Los reyes en el destierro* arroja de su casa a Cornuty, aunque este sigue vigilado por la policía, y sus contertulios tienen que recurrir a la embajada francesa para que certifique que es un ciudadano inofensivo. Cuesta trabajo crear esta historia, sobre todo en lo que se refiere al Gobierno Civil, dado el declarado desapego de Sawa hacia cualquier autoridad competente. Pero también cuesta crear el método de sablazo de Pedro Luis de Gálvez, el mismo Gálvez de *Luces de Bohemia*, un poeta modernista portador del cadáver de un hijo por los cafés, pidiendo dinero para enterrarle y que vendió, o se jugó a su mujer.³⁴

Enrique Cornuty ha quedado inmortalizado en un dibujo de 1901 de Pablo Ruiz Picasso, que también anduvo por la tertulia del Café de Madrid, llamado *Bohemia madrileña*, que se conserva en el Museo Picasso de Barcelona. Son cinco personajes en un paisaje de arrabal, deambulando a media noche como solían hacer no solo los bohemios declarados, sino Valle-Inclán, Azorín o los Baroja.



Pablo Picasso,
Bohemia madrileña. Museo Picasso ,
Barcelona.

³³ Ricardo Baroja, *op. cit.*, p. 34.

³⁴ Alonso Zamora Vicente, *op. cit.*, p. 33.

La santa bohemia de Bark-Soulinake

Toda la despreocupación que parece ser, por lo dicho hasta ahora, la característica visible más acusada de los bohemios contrasta con la figura de Ernesto Bark, otro personaje real que encontró su contrafigura literaria gracias a Ramón del Valle-Inclán. Bark era un refugiado político, en sus propias palabras nihilista y socialista positivo, que había escapado de Rusia y aterrizó en Madrid hacia



Placa de homenaje en la calle Conde Duque, 7. Madrid 2003.

los 80 Bark mantiene una amistad muy cercana con Alejandro Sawa, a quien reencuentra en París. A sus contemporáneos españoles les llamaba muchísimo la atención la cantidad de idiomas que hablaba -se dice que quince- lo que le ayudó a sobrevivir en Madrid con clases y traducciones, ya que en la Puerta del Sol instaló un "Instituto Políglota". Su auténtico trabajo era, sin embargo, de activista político. Él fue uno de los fundadores, en 1897, de *Germinal*, revista de cuya redacción forma parte Valle-Inclán y en la que colabora Alejandro Sawa. Valle le convirtió en 1910, en *La Corte de Estrella*, en el Conde Pedro Soulinake, un emigrado polaco que combate junto al ejército liberal hasta que decepcionado se une a los carlistas. El origen, su saludo "Salud y fraternidad", y la descripción "Ensimismado y exaltado, a todas las cosas les daba un profundo sentido religioso, pero de religiosidad nueva y atea", revela ya a Bark, quien hace otra aparición en 1916 en *La lámpara maravillosa* como el polaco místico y visionario Soulinake "de barbas apostólicas y claros ojos de mar", aunque será en *Luces de Bohemia* donde Soulinake-Bark quedarán definitivamente unidos. Pues bien, este livonés -cuya

seña física, inolvidable para todos los que le conocieron, era una llamativa pelambreira y barba roja- reclamará el libro póstumo de Alejandro Sawa *Iluminaciones en la sombra* como la biblia bohemia de una Hermandad del Bien Morir cuyos miembros debían tener como trinidad sagrada el Arte, la Justicia y la Acción. Ernesto Bark lanzó la iniciativa en *La Santa Bohemia*³⁵, en 1913, cuando Sawa ya había muerto. En este opúsculo afirma que Alejandro y él habían elaborado un reglamento según el cual solo podrían ser socios aquellos que tuvieran ya un nombre, y someterse a una criba para evitar que la Bohemia se confundiera con la Golfemia. El espíritu de Sawa, declarado presidente honorario, regiría las reuniones. La Hermandad del Bel Morir, o los bohemios del Cenáculo, se reunió el 16 de marzo de 1913 en el Café Mercantil, y acordó crear una "editorial cooperativa para facilitar la publicación de libros con el apoyo de los aficionados de letras, por

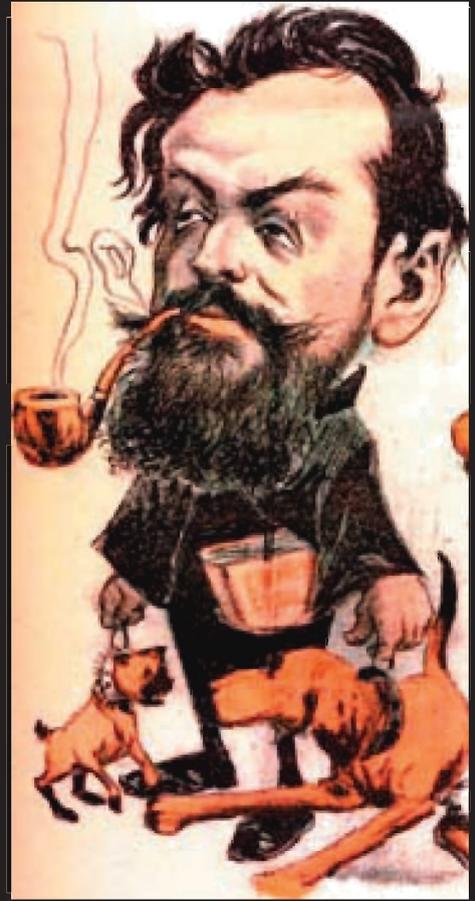
1880. Había nacido en Tartu, la segunda ciudad en importancia de la actual Estonia, también conocida como Dorpat, Derpt o Yuriev. Él mismo se autodenominaba livonés, identificándose con la Livonia medieval, regida sucesivamente a lo largo de los siglos por la Orden militar del mismo nombre, Suecia, Polonia y Rusia, lo que explica todas las nacionalidades que se le atribuyen. Ya en la década de

³⁵ Ernesto Bark, *La Santa Bohemia*, Madrid, Celeste Ediciones, 1999. Prólogo de Gonzalo Santonja.

obligaciones, desde cinco pesetas, reembolsables por la venta del libro respectivo o ejemplares del mismo con el 50 por 100 de rebaja". El sentido práctico de la propuesta concuerda con la prolija precisión estadística de que hace gala Bark para demostrar la miseria que provocaba el mal gobierno de España. Con propuestas legislativas, más concretas que muchos programas electorales de hoy, que se avienen mal con la despreocupación bohemia. Como ejemplo, una de estas propuestas: la creación de unas oficinas armonizadoras del Trabajo donde funcionarían tribunales arbitrales. Tanto Bark como Sawa se declaran feministas convencidos, aunque la Santa Bohemia incluye dos perlas como estas: "... (las mujeres) son niñas grandes que se entusiasman por fruslerías necias" y "... la eterna estulticia y maldad humanas es como la sonrisa angelical que cubre las frivolidades de las mujeres".

La negra miseria

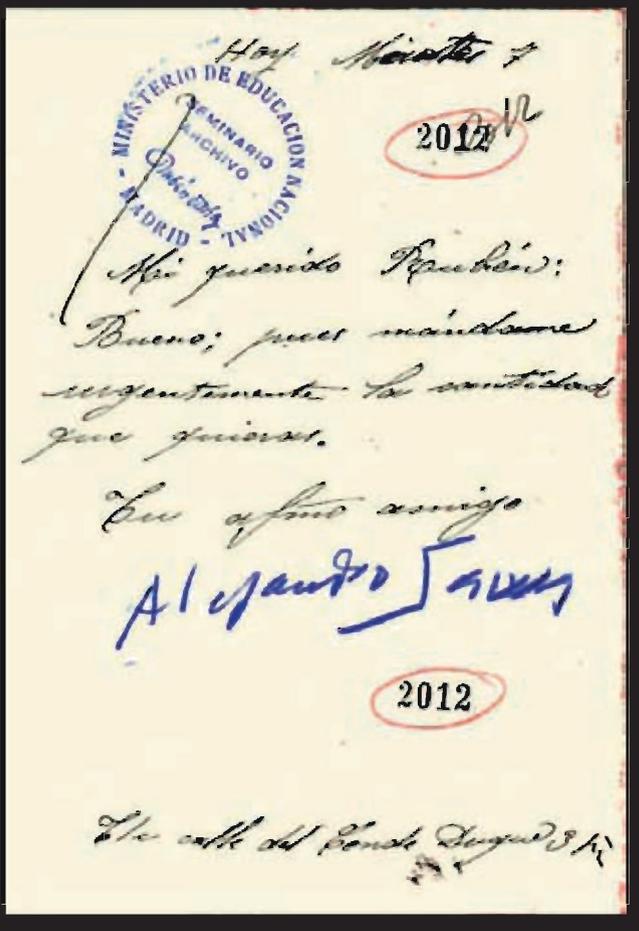
Las descripciones de Alejandro Sawa en sus últimos años de vida coinciden en pintar a un hombre atildado en su miseria, altanero, de pelo largo, siempre con una pipa entre los labios y acompañado por un perro, porque su ceguera iba en aumento. Un perro que, según Pío Baroja, tenía una habilidad endemoniada para entrar en las cocinas de los cafés y arramblar con cualquier cosa comestible que pillaba. Una caricatura de 1902 le muestra no con uno, sino con dos perros. Irreductible en su orgullo y en sus principios bohemios de no venderse, lo que le va cerrando oportunidades de trabajo. Y que a menudo "se ponía estupendo". Allen Phillips hace este retrato psicológico: "Él mismo contribuía, con su ademán hiperbólico, a la creación de su propia leyenda de hombre extravagante, representando siempre en la vida un "papel", desde los días resplandecientes del triunfo hasta los más negros de la derrota. Convirtió así su existencia en un espectáculo, y acabó por creer en la leyenda por él mismo creada."³⁶ En estos años publica una docena de relatos cortos, entre los que sobresale *Historia de una reina*, de gusto modernista, con la dedicatoria *Para mi Juana*, aparecido en *El Cuento Semanal* en 1907. Va quedándose solo, como atestiguó Bark: "De Sawa se retiraron igualmente los amigos, cansados de servirle de pedestal de vanidad o eco de su amor propio"³⁷. Y quizás hartos de los sablazos con los que trata de



Caricatura de Tovar en *Don Quijote*, 14 de febrero 1902.

³⁶ Allen Phillips, *Alejandro Sawa...*, op. cit., p. 133.

³⁷ Citado por Joaquín del Valle-Inclán, Apéndice y glosario a *Luces de Bohemia. Esperpento*, (edición de Alonso Zamora Vicente), Madrid, Espasa Calpe, 2002, p. 232.



Carta de Sawa a Darío pidiéndole dinero.

³⁸ Alejandro Sawa *Iluminaciones...*, op. cit., p. 47.

³⁹ Recogido en Fermín Ezpeleta Aguilar, *Crónica negra del magisterio español*, Madrid, Grupo Unión Ediciones, 2001, p. 167.

⁴⁰ Recordemos que Bark consagra el libro de Sawa como la Biblia de aquel Cenáculo que tiene mucho más de compromiso político que de bohemia.

⁴¹ Los números actuales de la calle no se corresponden con los de 1909. En 2003 el Círculo de Bellas Artes, que organiza cada año *La Noche de Max Estrella* colocó una placa en el número 7.

llevar algo de dinero a su casa, donde Juana y su hija adolescente llevan una vida miserable. Aunque muy a menudo el dinero conseguido nunca llegue a casa, y aquí recordamos la cena de Max Estrella, regada con champaña, con el dinero que le entrega el ministro:

Hoy mi situación de alma es la de un hombre que está en capilla para ser ejecutado al día siguiente: cumplen mañana plazos improrrogables de mi vida y no se como darles cara. ... Yo me desangraría y me haría descuartizar, sobre todo por evitarme el oprobio de, hoy como ayer y mañana como hoy, tener que solicitar del azar lo que por fatalidades de mi sino el trabajo no ha querido concederme³⁸.

¿Desahucio, pago de una deuda, entrega de un trabajo no realizado? Lo cierto es que hay días que debe permanecer en cama por tener empeñadas sus ropas, y que su familia sabe lo que es el hambre. Este tema, el del hambre, de los muertos de hambre, se repite en sus escritos ya desde los años 80, cuando

en el artículo *Debeis pan al maestro y educación al discípulo* apunta que el maestro de aquella España sumida en la ignorancia "hace vida de mendigo para hacer muerte de mártir"³⁹. Sawa se acongoja por los menesterosos y su propia miseria le acerca más a ellos. Aparte del carácter social de sus novelas es en *Iluminaciones en la sombra*⁴⁰ y en sus artículos desperdigados en la prensa madrileña donde se reflejan sus inquietudes por los pobres y marginados.

Enfermo, con dolores agudos que a veces le impiden levantarse y ya totalmente ciego, Sawa tiene que dictar a Juana los artículos que consigue vender. Viven en el número 3 de la Calle Conde Duque⁴¹. No en una buhardilla, sino en el principal izquierdo. Es la dirección que aparece en las cartas que dirige a Rubén Darío a lo largo de junio y julio de 1908, en un tono cada vez más perentorio, en petición de una ayuda económica para publicar por cuenta propia su libro *Iluminaciones en la sombra*. Ante la fría acogida de Darío, que se limita a posponer el asunto hasta el otoño, Alejandro envía una violenta misiva reclamándole una cantidad por artículos escritos por él y

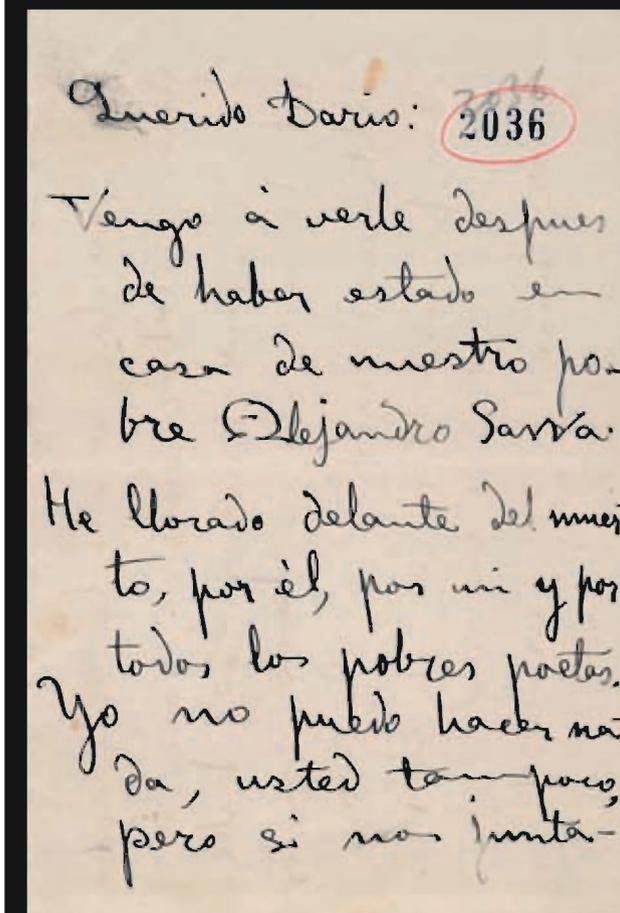
publicados el año anterior en *La Nación* de Buenos Aires con la firma de Rubén Darío. La carta no solo revela que Sawa actuó como *negro* de Darío sino también la desesperación de sus últimos meses de vida y la locura que le acecha. Que le acechaba desde hacía mucho según él mismo temía. Un discípulo incondicional, Prudencio Iglesias, escribió: "Alejandro Sawa siempre tuvo un plano de su espíritu vuelto completamente hacia la Locura. En los momentos de exaltación -y Alejandro Sawa se exaltaba por todo- aquel hombre tomaba el aspecto imponente de un loco"⁴².

Las dos muertes de Alejandro Sawa

Alejandro murió como hemos dicho el 3 de marzo de 1909, en su cama y con la sola compañía de su esposa y su hija. De acuerdo con el certificado de defunción, murió de encefalitis. Faltaban unos días para que cumpliera 47 años. Dos semanas antes había enviado una carta al dramaturgo Jacinto Benavente, antiguo contertulio del Café de Madrid, rogándole que fuera a verle. No hubo contestación. Distintas fuentes afirman que varios días antes de morir había perdido por completo la razón. Así lo asegura la carta de Valle-Inclán a Rubén Darío tras su muerte, en la que da cuenta de los inútiles esfuerzos por publicar el que sería el libro póstumo de Sawa:

Yo no puedo hacer nada, usted tampoco, pero si nos juntamos unos cuantos algo podríamos hacer. Alejandro deja un libro inédito. Lo mejor que ha escrito.- Un diario de esperanzas y tribulaciones.- El fracaso de todos sus intentos para publicarlo, y una carta donde le retiraban una colaboración de sesenta pesetas que tenía en *El Liberal*, le volvieron loco en los últimos días. Una locura desesperada. Quería matarse.

Joaquín del Valle-Inclán cita una entrevista a Ernesto Bark, publicada en 1926 en la que este afirmaba: "El gran Alejandro Sawa se suicidó con una inyección



Querido Darío: 2036
Vengo a verle después de haber estado en casa de nuestro pobre Alejandro Sawa. He llorado delante del muerto, por él, por mí y por todos los pobres poetas. Yo no puedo hacer nada, usted tampoco, pero si nos junta-

Carta de Valle-Inclán a Darío. Archivo personal de Rubén Darío, Biblioteca Histórica de la Universidad Complutense de Madrid.

⁴² Citado por Allen Phillips, *Mito...*, op. cit., p. 25.

⁴³ Joaquín del Valle-Inclán, op. cit., p. 232.

mos unos cuantos
algo podríamos hacer.

Dejando de lado un
libro inédito - los
mejores que he
escrito. - Un diario
de esperanzas y
tribulaciones.

El fracaso de todos
sus intentos pa-
ra publicarlo, y

2036

Carta de Valle-Inclán a Darío. Archivo personal de Rubén Darío,
Biblioteca Histórica de la Universidad Complutense de Madrid.

de morfina, preparada por él, que le aplicó su mujer sin saberlo" ⁴³. Nunca sabremos si fue lo que ocurrió. Max Estrella no se suicida, sino que muere en la calle, como Manuel Sawa. Son Madama Collet y Claudinita quienes abandonan sus fatigas gracias al tufo de un brasero. En cambio Juana Poirier vivió, mantuvo durante años su amistad con Valle-Inclán y Josefina Blanco, y regresó en 1916 a Francia, donde murió en 1960.

"Velorio en un sotabanco. Madama Collet y Claudinita, desgreadas y macilentas, lloran al muerto, ya tendido en la angostura de la caja, amortajado con una sábana, entre cuatro velas. Astillando una tabla, el brillo de un clavo aguza su punta sobre la sien inermé". Es la Escena Decimotercera de Luces de Bohemia. Alonso Zamora Vicente encontró varios testimonios que recordaban aquel clavo del ataúd que efectivamente hirió la sien

de Sawa, dejando escapar un hilillo de sangre que cuajó en seguida. Esta

una carta donde le retiraban
una colaboración de sesenta
pesetas que tenía en *El Libe-
ral*, le volvieran loco en los
últimos días. Una locura
desesperada. Quería matarse.
Tuvo el final de un rey de tra-
gedia - loco ciego y furioso. †

sangre que fluye del cadáver es quizás la causa de que Ernesto Bark, presente en el velatorio junto a Valle, Eduardo Zamacois, Joaquín Dicenta y otros amigos, insistiera en comprobar que Alejandro estaba realmente muerto y no era víctima de un episodio de catalepsia, como se empeña en el esperpento “el emigrado eslavo” Basilio Soulinake. En 1911, nueve años antes de que apareciera la primera versión de *Luces de Bohemia*, Pío Baroja, que no acudió al entierro pero sin duda conocía la historia, incluyó una escena semejante en *El árbol de la ciencia*. Un Rafael Villasús -antiguo dramaturgo, ciego, loco y que como Sawa recitaba versos sin parar- muere en una buhardilla después de vociferar durante tres días. Sus amigos bohemios le queman los dedos con fósforos para asegurarse de que está muerto y la escena concluye con la aparición del mozo del coche mortuario que tiene prisa por concluir la faena. En *Luces de Bohemia* es el cochero de la carroza fúnebre quien aplica la cerilla a los dedos del difunto. Ernesto Bark, quien admitió haberse opuesto a que se enterrara a Sawa demasiado pronto,⁴⁴ se puso furioso al reconocerse en Basilio Soulinake. Azorín le contó a Zamora Vicente que el livonés arremetió a bastonazos en plena Calle de Alcalá contra Valle, quien se quedó un poco asombrado y consultó qué podía hacer.⁴⁵ Valle-Inclán es uno de los escritores que asistieron al sepelio, que se celebró en el cementerio civil de la Almudena, al día siguiente de la muerte. No acudió sin embargo Rubén Darío quien, como queda reflejado en la Escena Novena de *Luces de Bohemia*, no quería ni oír hablar de la “Dama de Luto”. Condenado siempre a ser otro, en el registro de enterramientos Sawa aparece como Alejandro Sarra Martínez⁴⁶.

Sabemos por Pío Baroja que Sawa opinaba que Valle-Inclán era imitador suyo y que al menos en una ocasión, poco antes de morir, habló despectivamente de él. Palabras injustas para alguien que se compadeció sinceramente del bohemio desesperado y de su familia. Valle no solamente escribió la famosa nota a Rubén Darío, que entregó en mano en la dirección de este en la calle Claudio Coello 60. Durante el mes siguiente a la muerte de Alejandro, Valle-Inclán se dedicó junto a Miguel Sawa a revisar los manuscritos del escritor fallecido para seleccionar aquellos que finalmente aparecieron en 1910 en *Iluminaciones en la sombra*. También ayudó a recaudar los fondos que permitieron su publicación, y consiguió que Rubén Darío escribiera un prólogo memorable.



Sawa muerto. Retrato a lápiz, 3 de marzo 1909. Residencia de Estudiantes.

Alejandro Sawa

⁴⁴ Joaquín del Valle-Inclán, *op. cit.*, p. 233.

⁴⁵ Alonso Zamora Vicente, *op. cit.*, p. 32.

⁴⁶ Carlos Álvarez-Novoa, *La noche de Max Estrella*, dialnet.unirioja.es

El libro póstumo será sin discusión la mejor obra de Sawa. Aunque el gran logro de aquel Alejandro Sawa que fue el rey de la bohemia madrileña, un logro del que probablemente hubiera renegado, es haberse convertido ya para siempre en el inmortal Max Estrella. Un personaje al que Valle trató con irónica compasión y al que insufló una grandeza y un espíritu épico a los que siempre aspiró el hombre de carne mortal que fue Alejandro Sawa.

Obras citadas

- Baroja, Pío, *Desde la última vuelta del camino. Final del siglo XIX y principios del XX*, Madrid, Caro Raggio Editor, 1982.
- Bark, *La Santa Bohemia*, Madrid, Celeste Ediciones, 1999.
- Baroja, Ricardo, *Gente de la Generación del 98*, Barcelona, Editorial Juventud, 1969.
- Correa, Amelina, *Alejandro Sawa, Luces de Bohemia*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2008.
- Ezpeleta Aguilar, Fermín, *Crónica negra del magisterio español*, Madrid, Grupo Unisón Ediciones, 2001.
- Hormigón, Juan Antonio, *Valle-Inclán. Biografía cronológica y epistolario*, T. II, Madrid, ADE, 2006-2007.
- _____, *Valle-Inclán. Biografía cronológica y epistolario*, T. III, Madrid, ADE, 2006-2007.
- Phillips, Allen, *Alejandro Sawa. Mito y realidad*, Madrid, Ediciones Turner, 1976.
- _____, *Algo más sobre la bohemia madrileña: testigos y testimonios*
- Sawa, Alejandro, *Declaración de un vencido*, Madrid, Clásicos Libertarias, 2005.
- _____, *Iluminaciones en la sombra*, Madrid, Nórdica Libros, 2009.
- Valle-Inclán, Ramón del, *La lámpara maravillosa IX*
- Valle-Inclán, Joaquín del, Apéndice y glosario a *Luces de Bohemia* (edición de Alonso Zamora Vicente), Madrid, Espasa-Calpe, 2002.
- Zamora Vicente, Alonso, *Asedio a "Luces de Bohemia". Discurso de Ingreso en la Real Academia Española 1967*, Alicante, Edición facsímil de la Universidad de Alicante, 2002.